

En
un lugar
de
La Mancha

Don Quijote
en verso

Alexis Díaz-Pimienta

En un lugar de la Mancha

Don Quijote en verso

Primera edición: Gente Nueva, La Habana, 2004

Segunda Edición: Gente Nueva, La Habana, 2014.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2019, respecto a esta edición en español, por:

© Alexis Díaz-Pimienta

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103415

ISBN eBook: 9781524303679

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

A mis hijos, Axel, Alex y Alejandro.

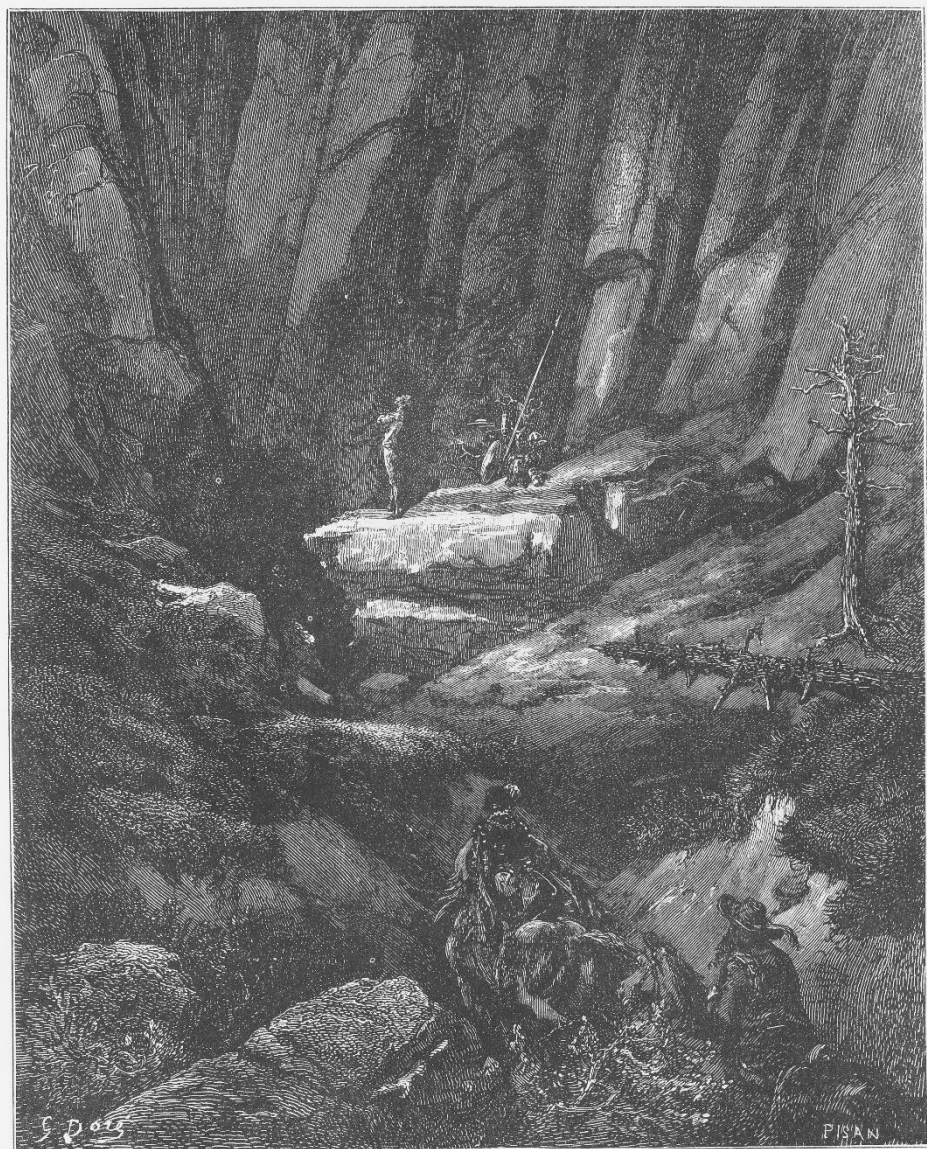
*A mis amigos Abel Prieto e Iroel Sánchez,
culpables de que me aventurara
en esta empresa quijotesca.*

Dicen de Alexis Díaz Pimienta:

Joaquín Sabina: “Desde Cuba nos ha llegado el mayor decimista del mundo que, además, es un repentista. El repentismo es un arte extraordinariamente difícil que en España se fue perdiendo a partir del Siglo de Oro y que ha ido reviviendo en Centroamérica y en el Caribe. Él es el mejor de ellos”.

Jorge Drexler: “Uno de los cerebros más prodigiosos que conozco (...). El mayor exponente de la décima, no sólo por su altura como improvisador, sino por su erudición”..

PRÓLOGO



El Don Quijote cervantino y todo su abigarrado y novelesco acompañamiento de personajes y peripecias han sido objeto ya de tantas versiones, inversiones, traducciones, adaptaciones, reescrituras, recreaciones, continuaciones, que quien todavía no se haya sumergido en las páginas de esta que nace ahora podrá albergar la duda de si será oportuna y necesaria alguna más. Y de si estará a la altura de su excelso modelo, y de los hitos mejores de la larguísima e irregular parentela que ha dejado sembrada en las letras (y en el cine, la música, las artes figurativas) universales. La duda, si la hubiera, quedará disipada tan pronto se introduzca el lector en las entrañas de este libro y pueda por sí mismo apreciar que sí que queda a la altura, y que sí desprende el fulgor que toca a muy pocos de los dobles que, desde muy temprano (desde el muy madrugador y malévolo Quijote de Avellaneda) hasta hoy se han ido desglosando del Quijote de Cervantes.

El Don Quijote que ahora alumbra Alexis Díaz-Pimienta es un canto de amor tan fiel al Don Quijote de hace cinco siglos que nos hace sentir no como traición, sino como sutil y gentil contrapunto que ha estado todo ese tiempo madurando, macerando, esperando su momento, el espacio en blanco que sigue a la pausa versal y la traviesa inventiva que destilan sus estrofas. Porque el Don Quijote de Alexis Díaz-Pimienta tiene en común con el de Cervantes algo de lo que casi ningún otro de sus avatares se puede preciar: los dos son hijos de ingenios y sensibilidades que vivieron inmersos en culturas esencialmente orales, reminiscencias de mundos que fueron en buena medida sonoros antes de que se desvanecieran, en el camino abajo que va de la voz a la letra, los timbres, tonos y ritmos —y ruidos, gritos y estruendos— que no pueden encontrar reflejo fidedigno en la escritura.

Me explico: uno de los méritos que hacen grande al Quijote en prosa de Cervantes es que logra imitar el ritmo de la voz oral como muy pocas obras de su tiempo: como los más desenvueltos pasajes dialogados de *La Celestina* y del *Lazarillo*, acaso. Y que puede ser percibido —también— como una cadena de paisajes sonoros que cubren desde el tono de confidencia pausada de las frases iniciales —las de “En un lugar de La Mancha...”— hasta los secos

golpeteos, agravados por la noche, del capítulo de los batanes, o la barahúnda de gritos plebeyos de la escena de la liberación de los galeotes, o el temblor desvanecido del testamento y la muerte del agotado hidalgo. El Quijote de Cervantes está rebosante de voces, ruidos, armonías (y disonancias) que ocupan a veces el primer plano y que son otras veces fondo apenas intuido, que acaso solo podrá descodificar con precisión quien haya sido testigo alguna vez de algún amanecer en algún pueblo manchego —con sonos lejanos de gallos, perros, ventanas y despertares—, o quien se haya reído en alguna ocasión ante algún bullicioso manto de peleles de los que todavía hoy son tradicionales en algunos carnavales campesinos de La Mancha: Tomelloso, Miguelturra, Calzada de Calatrava...

Cervantes fue hombre de muchas lecturas, pero mucho más lo fue de oído sutil y atento. Y su tiempo fue de unos cuantos libros y de infinitas voces, ruidos y sonos. A su Quijote bien se le nota eso: que es una sucesión de conciertos y de desconciertos que pugnan por evadirse de la reclusión silenciosa del libro impreso. De manera que el mudo destilado que ha llegado hasta nosotros solo puede ofrecernos una imagen muy disminuida —y, con todo, genial— de cómo sonaba la época en que él vivió.

Alexis Díaz Pimienta es hombre, como Cervantes, de muchas lecturas. Pero mucho más lo es de oído despierto y de voz música. Y el tiempo y la geografía de los que viene —la Cuba guajira y agreste, en que los niños aprenden primero, de oído, a componer y cantar décimas, y después se enteran de que la décima puede ser puesta, subsidiariamente, por escrito— son, también, celebraciones primarias de la voz, apoteosis sin desmayo de lo sonoro. Experimento intrigante y fascinante el que se nos ofrece aquí: el de poder contrastar, a la vuelta de cinco siglos, cómo dos (in)genios que vienen del mundo y del ritmo de la voz han sido capaces de embutir el sonido que es la madre de todo en la taquigrafía esquemática de lo escrito.

En el Quijote en verso escrito de Alexis Díaz Pimienta se echa de menos, posiblemente, el son de la guitarra, o el del tres, el laúd o el timple que, de tanto seguirle en un sinnúmero de guateques campesinos cubanos, y en tantas veladas musicales que han tenido por escenario el ancho mundo, se han quedado adheridos a la entraña más profunda de sus versos. En realidad, cualquier instrumento muy bien manejado —hasta un piano— le sentaría bien: el verso, y más el verso de Alexis Díaz Pimienta, pide música. En el Quijote en prosa de Cervantes notamos el hueco, también, del timbre, la

entonación, los respiros que debería concederse, cuando disfrutase contándolo a sí mismo o a algún próximo —porque, en el Quijote, la letra era el soporte del narrar—, la voz cansada de su autor. Sueño sobre sueño: ¿qué voces características y qué ruidos y músicas que nunca olvidó habría escuchado por ahí, en su vida dilatada y agitada, Cervantes? ¿Cuáles de ellos habría seleccionado, trasvasado, impuesto con arte de ventriloquía, para sus personajes y peripecias novelescas? ¿A qué inusitados conocidos suyos le habrían robado las voces el don Quijote y el Sancho que él oía hablar en su imaginación? ¿Y de qué manera pronunciaría él las palabras de ellos, en sus lecturas de viva voz?

“El placer de contar historias y el goce de escucharlas” es la etiqueta feliz con que la maestra Margit Frenk, en un libro muy reciente —*Don Quijote ¿muere cuerdo? y otras cuestiones cervantinas*, 2015— ha resumido el juego poético al que se entrega con pasión la obra maestra cervantina. Al *Don Quijote en verso* de Alexis Díaz-Pimienta, que nace ahora, añadiendo a una voz y a una pátina de siglos los tonos y los colores de una invención nueva y desbordante, le cuadran muy bien todas y cada una de esas palabras, menos una. Porque, en este Quijote, el “contar” se hace “cantar”.

José Manuel Pedrosa
(Filólogo y folclorista)

Profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá de Henares)

SOBRE EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA



En un lugar de La Mancha,
de cuyo nombre no quiero
acordarme, un caballero
de alto porte y mente ancha,
de los de pleito y revancha,
de los de arenga y motín,
de adarga antigua, rocín
flaco y galgo corredor,
con lanza de gladiador
y estampa de paladín,

no ha mucho tiempo vivía,
entre duelos y quebrantos,
sin más tesoros ni encantos
que su verbo y su hidalguía.
Una olla vieja tenía
de más vaca que carnero,
salpicón nocturno, austero
viernes de frías lentejas,
sábado de broncas viejas,
palomino dominguero.

Tenía en casa una ama
que pasaba los cuarenta,
una sobrina, parienta
veinteañera, hermosa dama,
y un mozo de surco y rama,
de rocín y podadera.
Pero nuestro hidalgo era
caballero cincuentón,
de una recia complexión,
de carnes como madera,

enjuto, madrugador
y afecto a la cacería.

Quieren decir que tenía
un sobrenombre el señor,
un alias definidor
que no está claro: Quijada
(dicen unos) y Quesada
(dicen otros), porque en esto
es distinto lo supuesto
según la obra consultada.

Pero algunas conjeturas
sugieren de forma vana
que se llamaba Quijana;
aunque estas nomenclaturas
no importan a estas alturas.
Lo importante en realidad
es no alterar la verdad
y contar que dicho hidalgo
si no estaba haciendo algo
leía con ansiedad

libros de caballerías,
y tantos y de tal modo
que leyendo olvidó todo:
las fiestas, las cacerías,
la hacienda y sus monerías,
y llegó a tal su locura
por esta literatura
de episodios por entregas,
que vendió muchas hanegas
de tierra de sembradura

para comprar libros llenos
de historias caballerescas.
Llenó su casa de frescas
hazañas de hombres ajenos.

Leía sin tener frenos.
Leía con devoción.
Y cuando leía acción
de este tipo, enloquecía,
perdía el juicio, quería
dotarlas de comprensión.

Y fue tanta la lectura,
tantas noches sin dormir,
tantos días sin salir
ni al aire ni al agua pura,
que lo atacó la locura,
su cerebro se secó,
su cabeza se llenó
de todo lo que leía,
realidad y fantasía
trenzó, mezcló, confundió.

Se pobló de encantamientos,
de pendencias, de batallas,
de desafiantes murallas,
de heridas, requiebros, cuentos,
amores, penas, tormentos,
imposibles disparates...
Su mente tornó combates
de literaria invención
en real conflagración,
tal como hacen los orates.

En efecto, rematado
ya su juicio, vino a dar
en el más raro pensar
de cuantos se hayan pensado.

Decidió el hidalgo insano
convertirse en caballero
andante, y andar ligero
por todo el mundo cercano.

Guerreando se imaginaba
y entonces, ya sin leer,
se metió prisa en hacer
posible lo que pensaba.

Y lo primero que hizo
fue limpiar, ya decidido,
unas armas que habían sido
de sus bisabuelos. Rizo
moho y orín enfermizo
las cubrían, pues llevaban
(desde que no las usaban)
siglos en aquel rincón.
Las limpió con devoción,
vio cómo se aderezaban.

Pero una falta notó:
¿y su celada de encaje?
«Al morrión simple este viaje
le queda grande», pensó.

Pensando en su nueva acción
con cartón y tela usada
se inventó media celada
y la encajó en el morrión.

Ya está listo para el viaje:
adarga, lanza, armadura,
y aquella celada pura,
hecha «del más fino encaje».

Luego hacia el caballo vuela,
aunque tenía más cuartos
que un real, de tachas harto
cual caballo de Gonela.

Cuatro días duró aquel
ejercicio de encontrar
cómo al caballo nombrar,
que estuviera a su nivel.

Porque, según se decía
él a sí mismo, no era
razón que el caballo fuera
de inferior categoría.
Si el rocín pertenecía
a un hidalgo tan famoso
y tan bueno, era dudoso
que no respondiera a un nombre
a la altura de ese hombre
respetable y valeroso.

Pensó mucho, convencido
de que era justo que hallase
un nombre que declarase
quién y qué cosa había sido
el rocín antes que unido
a él, un caballero andante,
se volviese un importante
cuerpo de cabalgadura.
Porque era lógica pura
la mudanza de talante.

Y al fin, en un solo instante,
y pensando en su pasado,
con una lista delante
al flaco rocín amado
vino a llamar Rocinante,

un nombre alto, sonoro,
excelente apelativo,
nombre significativo
de lo que fue, sin desdoro,
antes de ser el tesoro
andante de un caballero.
Era rocín antes, pero
ya no era un viejo rocín:
su ijar, sus cascos, su crin
eran de corcel guerrero.

Puesto nombre y tan a gusto
a su ex rocín, Rocinante,
quiso a sí mismo importante
nombre, apelativo justo
o seudónimo robusto
ponerse, y pasó ocho días
revisando nombradías,
motes, alias, remoquetes,
apodos raros, nombretes,
de varias categorías.

Y al cabo vino a llamarse
don Quijote, razón esta
que ya a dudas no se presta:
Quijada debió nombrarse.

Creyó el nombre a secas gris
y añadió el de su terruño,
reino y patria, fama y cuño
férreo ante cualquier mentís.

E imitando al caballero
que fuera Amadís de Gaula,
rompió del miedo la jaula
y buscando un nombre entero
que afamara al verdadero
lugar de llanura ancha
donde nació, en avalancha
de complacencia y poder
dijo: «—Ya está, voy a ser,
¡don Quijote de la Mancha!»

Limpias sus armas, y hecho
del morrión nueva celada,
puesto nombre a su rocín
y él mismo con otra cara,
no cara de don Alonso,
ni Quijada ni Quesada,
sino cara del hidalgo
don Quijote de la Mancha,

listo el galgo corredor,
listas la espada y la adarga,
comprendió que al caballero
sólo una cosa faltaba,
necesaria, obligatoria,
y era buscarse una dama
joven para enamorarse
y contarle sus hazañas,
porque un caballero andante
sin amores no era nada,
árbol sin hojas ni fruto,
cuerpo carente de alma.
Decía: «—Si por pecados
o por mi suerte sin manchas
me encuentro con un gigante,
como de ordinario pasa
a los otros caballeros
andantes, y con mi lanza
le derribo de un encuentro,
o le parto en dos la espalda,
si finalmente le venzo
y le rindo en la batalla,
¿no será bien tener alguien
a quien de manera rauda
enviarle la noticia?
¿No será buena jugada
que se hinue de rodillas
ante mi señora amada,
y diga con voz humilde:
“—Señora, buena mañana.
Me llamo Caraculiambro,
de la ínsula Malindrania,
soy un gigante famoso
a quien venció en la batalla
el valiente caballero
don Quijote de la Mancha,

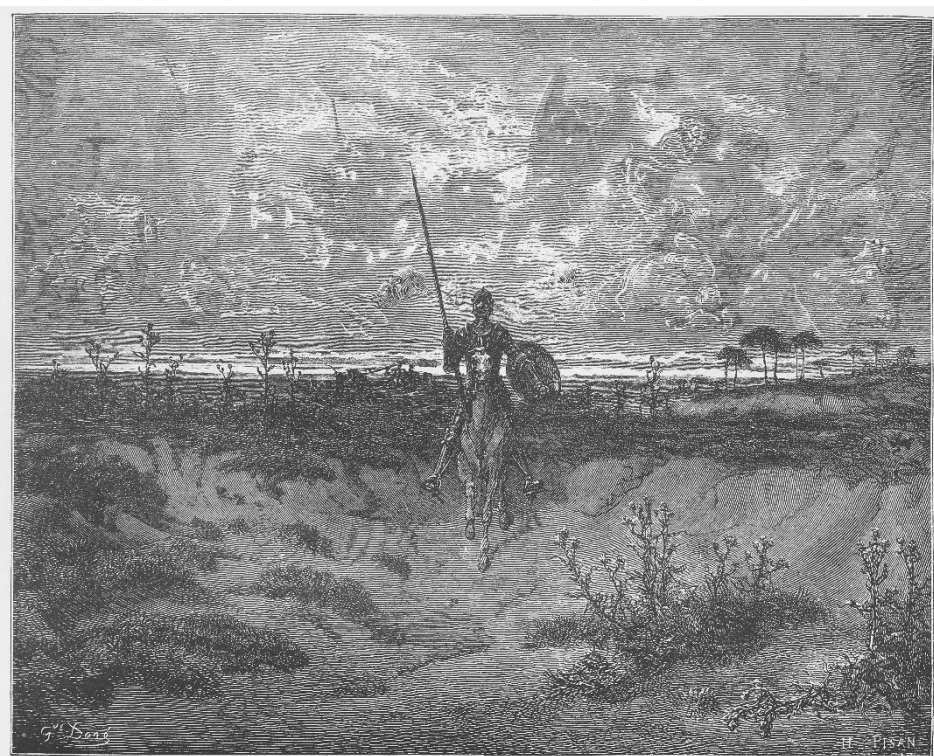
el cual me mandó venir
para que me presentara
ante la vuestra merced,
que es quien dispone y manda?”»

Cómo se holgó el caballero
cuando acabó este discurso
y más cuando halló el recurso
de a quién nombrar «verdadero
amor», dama de «te quiero,
te admiro y te esperaré».
Y a lo que creemos fue
que había una labradora
vecina, poseedora
de un rostro muy hermoso, que

él un tiempo enamorado
anduvo de ella, aunque ella
jamás lo supo, ni huella
de ese amor tuvo a su lado.
Su nombre real, borrado
a partir de esta quimera,
Aldonza Lorenzo era,
del Toboso pobladora,
y desde ya la señora
de su mente aventurera.

Y puesto a buscarle nombre
que no desdijese al suyo,
que bien llenase de orgullo
al caballero y al hombre;
buscándole un sobrenombre
que fuera digno y vistoso
y la llevase al gustoso
trato de reina y señora,
decidió llamarla ahora
Dulcinea del Toboso.

PRIMERA SALIDA DE DON QUIJOTE



Hechas estas prevenciones,
quiso poner en efecto
su aventurero proyecto
de gentilhombre en acciones,

sobre todo por saber
qué falta hacía en el mundo
y cada agravio profundo
que pensaba deshacer,

entueños que enderezar,
deudas que satisfacer;
abusos que reprender,
sinrazones que enmendar.

Y sin dar parte a persona
alguna de su intención,
y sin que nadie en la zona
lo viese entrar en acción,

una mañana temprano
se vistió de caballero:
armas largas, rostro fiero,
calentura de verano.

Subió sobre Rocinante,
tomó su informe celada,
embrazose adarga y guante,
y con su lanza empinada
dio el primer paso adelante.

Puerta falsa del corral.
Salida al campo. Sol. Viento.
Don Quijote ve contento
que nada le sale mal.

Mas, cuando se vio en el prado,
lo sorprendió un pensamiento
que casi por el momento
dejara lo ya empezado.

Le vino un dato a la mente:
no era armado caballero.
Y según la ley vigente
era este el paso primero.

Él sabía que según
la Ley de Caballería
ni podía ni debía
tomar armas con ningún

caballero; y si lo hacía
sería con armas blancas.
Montado, o junto a las ancas
de Rocinante podría

mostrar que era corajudo
pero con espurio acero,
como novel caballero
sin empresa en el escudo.

Esta idea un tanto oscura
casi lo hace titubear;
mas pudiendo su locura
más que otra razón vulgar

propuso rauda, ligero,
sin mediar gesto ni frase
hacerse armar caballero
del primero que topase,

imitando lo vivo
por otros de su hidalguía
según había leído
en los libros que tenía.

¿Y las armas blancas? Bueno...
pensó limpiarlas tan bien
que parecieran de estreno,
de armiño o blanco satén.

Con esto aquietó su hombría
y prosiguió su camino,
que no era otro que el destino
que su caballo quería,

creyéndose en su locura
que en aquello consistía
la fuerza de la aventura
y de la caballería.

Yendo, entonces, caminando
el flamante aventurero
consigo mismo iba hablando
este diálogo altanero:

«—¡Oh, tú!, sabio con euforia
que ha de tocarte cronista
ser de esta increíble historia,
tendrás que ser altruista

con mi amigo Rocinante,
compañero eterno mío,
no olvides su alucinante
garbo y su gran poderío».

Luego dijo con idea
de mancebo enamorado:
«—¡Oh, princesa Dulcinea,
señora de este cuitado

corazón! Inmenso agravio
hecho me has en despedirme,
en menear lengua y labio
con afincamiento firme

de ordenar no aparecer
ante vuestra ferrosura.
¡Dignaos, dulce mujer!,
¡dignaos, señora pura!,

e invoca a este corazón
cautivo que ya anochece
y que tantas cuitas con
y por vuestro amor padece».

Con estos iba ensartando
otros muchos disparates,
amores, planes, combates
como en los libros, tratando
siempre de estar imitando
de lo leído el lenguaje.
Así, fue lento su viaje,
tan despacio caminaba
y el sol tan aprisa entraba,
con tanto ardor y fogaje

que tal vez fuera bastante
para derretir sus sesos
(si los tuviera). ¡Qué excesos
los del Caballero Andante!
Sin bajar de Rocinante
anduvo todo aquel día
y como no acontecía
cosa digna de contar
lo empezó a desesperar
su escasa caballería.

Quería un encontronazo,
una bronca, una pendencia
con quien hacer experiencia

de la fuerza de su brazo.
Hay quienes dicen que acaso
fue su primera aventura
la de Lápice; hay quien jura
que lo fue el pleito violento
con los molinos de viento,
gran prueba de su locura.

Pero lo que yo he podido
averiguar en los pliegos
de los anales manchegos,
lo que está escrito y sabido
es que él anduvo subido
todo el día en su rocín
y al anochecer, por fin,
muertos de hambre y cansados,
miró para todos lados
de un confín a otro confín,

por ver si así descubría
un castillo, una majada
de pastores, la morada
donde terminar el día
y remediar su sombría
y mucha necesidad.
Roído ya de ansiedad,
vio no lejos del camino
una venta, del destino
la última oportunidad.

¿Una venta? Cual visión
de que una sacra señal
lo guiara no a un portal
sino a alcázares (que son
muros de su redención),
entendió lo que veía.
La venta le parecía
castillo de buena estrella.
Se dio prisa y llegó a ella
a tiempo que anochecía.

Acaso junto a la puerta
estaban dos hembras mozas,
de estas que ve mucha gente
y sin respeto las nombra,
mozas que iban a Sevilla
con dos arrieros, y ahora
acertaban en la venta
a hacerse de pan y olla.
Como a nuestro aventurero
cuanto pensaba, con honra,
o imaginaba o veía,
le parecía ser obra
acorde con lo leído,
al ver aquella ventorra
le pareció un gran castillo
con cuatro torres gloriosas,
con chapiteles de plata,
puente levadizo y honda
cava, con todos aquellos
aditamentos que adornan
castillos de los que siempre
los caballeros se antojan.

Fuese llegando a la venta
(que a él parecía castillo)
y a poco trecho detuvo
a su cuadrúpedo amigo
esperando que un enano,
o algún heraldo legítimo
rompiera entre las almenas
a dar señal de su arribo,
anunciando la llegada
del caballero al castillo;
mas como vio que tardaban
y que Rocinante mismo
se daba prisa en llegar
a donde el caballero,
se llegó a la puerta y vio
los semblantes distraídos

de las mozas que allí estaban,
que a él le parecieron lirios,
hermosísimas doncellas,
graciosas damas que, a mimos,
estábanse solazando
en la puerta del recinto.

Y entonces aconteció
que andaba cerca un porquero,
recogiendo entre rastros
una manada de puercos
(con perdón, así se llaman),
y el porquero tocó el cuerno
a cuya sola señal
se recogen todos ellos,
y al instante don Quijote
materializó un deseo:
el porquero era el enano,
y el cuerno, fino instrumento
dándole la bienvenida.
Y contento fue al encuentro
de la venta, de las damas,
las cuales en cuanto vieron
venir a un señor armado
de aquella suerte, con miedo
se iban a entrar en la venta;
pero don Quijote, viendo
su huida, alzó la visera
de papelón descubriendo
con un talante gentil
su rostro polvoso y seco.
Y con la voz reposada,
dijo nuestro caballero:
«—Non fuyan, vuestras mercedes,
no teman líos ni pleitos;
a la orden caballeresca
que represento y profeso
no toca ni atañe hacerles
daños a ninguno, menos

a tan hermosas doncellas,
como demuestra su aspecto».

Mirábanle las dos mozas
buscándole con los ojos
lo que la mala visera
le encubría tanto: el rostro;
mas al oírlo llamarlas
«doncellas», cosa tan poco
común en su profesión,
las dos jóvenes de pronto
no pudieron contener
la risa, y fue de tal modo,
que se vino don Quijote
a decirles: «—Falta noto
de mesura en las fermosas,
y es mucha sandez e impropio
que haya risa si de leve
causa procede; mas pongo
claro que no se los digo
para tristezas ni odios,
ni en busca de mal talante,
que el mío, talante y rostro,
no es otro que el de serviros,
para todo, y frente a todos».

El lenguaje no entendido
por las señoras, y el talle
del hidalgo acrecentaba
en ellas la risa al aire
y en don Quijote el enojo;
y peor en lo adelante
si a aquel punto no saliera
el ventero, un hombre grande
y regordete que era
muy pacífico y amable,
y que viendo la figura
contrahecha del andante,
viendo a un caballero armado
con armas tan desiguales

como la brida y la lanza,
la adarga y el miserable
coselete, estuvo a punto
de echar sus dientes al aire
imitando a las doncellas;
mas temiendo que aquel alguien
usara tantos pertrechos
cuando la risa sonase,
determinó sabiamente
con comedimiento hablarle:

«—Si vuestra merced, señor,
está buscando posada,
amén de lecho (no hay nada
parecido en su interior),
pase, que le juro por
Dios que todo lo demás
se haya en abundancia. Es más,
se haya en bastante abundancia.
Vuestra merced, sin jactancia,
puede aquí dormir en paz».
Viendo don Quijote tanta
humildad en el alcaide
de la fortaleza aquella
(tal le pareció el amable
ventero y la venta toda),
le respondió con donaire:

«—Para mí, buen castellano,
cualquier cosa ha de bastar:
mis arreos son las armas
y mi descanso el pelear».

Pensó el huésped que el llamarlo
«castellano» había sido
por haberle parecido
de Castilla al observarlo.

Pero era él de Andalucía,
del litoral sanluqueño,

y al ser más Caco que dueño
con sorna le respondía:

«—Según eso, vuestras camas
deben de ser duras peñas;
su dormir, velar; sus señas,
andar rescatando damas;

y siendo así, puede con
seguridad apear
aquí su cuerpo; ha de hallar
en esta choza ocasión

para insomnios en un año,
cuanto más en una noche.
Bájese ya, no se abroche
a ese estribo tan extraño».

Y dicho esto, fue a tener
del estribo a don Quijote,
que se apeó dando un bote,
con dificultad, sin ver,

como aquel que en todo el día
no había desayunado.
Y este le dijo: «—Cuidado
con mi rocín, debería

velarlo a cada segundo,
cuidarlo con gran destreza,
porque esta es la mejor pieza
que come pan en el mundo».

Miró al caballo el ventero
y no parecíale tanto
como Quijote decía,
ni la mitad, sino un flaco
rocín como otro cualquiera
de los que había en su campo,
pero, por no contrariar
a aquel caballero armado,

fue hasta la caballeriza,
lo acomodó en el establo
y volvió a ver qué mandaba
el huésped recién llegado
al cual estaban las mozas
(o doncellas) desarmando
(que ya con él, a esta altura,
se habían reconciliado).
Las mozas, aunque le habían
quitado peto y respaldo,
jamás pudieron quitarle
la gola, o desencajarlo
de la maltrecha celada
que don Quijote, inspirado,
se atara con cintas verdes
y era menester con algo
cortarlas, por no poder
quitarse todo lo atado;
mas él no lo consintió
y así se quedó el hidalgo,
toda la noche embutido
en la celada, «encelado»:
la más graciosa y extraña
figura era aquel milagro;
y al desarmarle, como él
se imaginaba en las manos
de principales señoras
y damas de un alto rango,
les dijo con galanura,
con voz templada y con garbo:

«—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban de él,
princesas de su Rocino,
o Rocinante, que es este
el nombre sonoro y digno
de mi caballo, señoras,

como don Quijote el mío,
don Quijote de la Mancha,
que puesto que no he querido
descubrirme hasta que hazañas
hechas en vuestro servicio
y favor me descubrieran,
fuerza fue ahora deciros
de memoria, damas mías,
este romance muy antiguo
de la isla de Lanzarote,
para que hubierais sabido
mi nombre antes que otra cosa;
pero tiempo vendrá digno
en que vuestras señorías
me manden a los caminos,
y yo obedezca, y la fuerza
de mi brazo y de mi espíritu
descubra el grande deseo
que yo tengo de serviros».

Las mozas, no hechas a oír
retóricas semejantes,
no le decían palabra;
sólo si tenía hambre.

«—Cualquier cosa yantaría
—dijo Quijote al instante—,
pues me haría mucho al caso
lo que las damas preparen».

Era viernes aquel día
y no quedaba en la venta
sino unos pocos pescados
que en las castellanas tierras
suelen llamar abadejos,
de masa salada y seca,
bacalao, curadillo,
o en otras partes truchuela.

Dijéronle: «—¿Por ventura
vuestra merced comería

truchuela?, ¿comer podría
truchuela, aunque esté muy dura?»

Sabía cada mujer
al ser ya viernes pasado
que no había otro pescado
para darle de comer.

«—Como haya muchas truchuelas
—respondíoles don Quijote—
podrían servir de truchas,
pues cuando hay hambre no hay
nombre.

Tal vez pase a las truchuelas
como a otras carnes: conoces
que la ternera es mejor
que la vaca adulta, enorme,
y el cabrito que el cabrón
que es mayor y no se come.
Pero sea lo que fuere
la truchuela que me pone
venga luego, que el trabajo
y el peso de armas tan nobles
no pueden llevarse sin
el gobierno del abdomen».

Puesta la mesa a la puerta
de la venta por el fresco,
trájole el huésped un poco
de aquel bacalao seco,
mal cocido y remojado,
y trájole un pan tan negro
que estaba como sus armas
por lo duro y lo mugriento.

Qué risa verle comer,
porque puesta la celada
y con la visera alzada
no se podía poner
nada en la boca sin ser
servido por otra mano.

Qué risa ver a un humano
con aquella indumentaria
con la boca sedentaria,
y el estómago tirano.

De las dos, una señora
aceptó este menester;
mas el darle de beber
era imposible hasta ahora.
De pronto, el ingenio aflora:
coge una caña el ventero,
la horada muy bien primero,
le pone un cabo en la boca,
y por el otro una poca
de vino le echa al guerrero.

Todo aquello lo admitía
don Quijote con paciencia,
por no romper la excelencia
que su celada tenía.
Llegó, mientras él comía,
a la venta un castrador
de puercos, que atronador
hizo sonar su silbato.
Y eso bastó. En poco rato,
el hidalgo soñador

acabó de confirmar
que estaba en algún castillo:
música de caramillo
le ponían al yantar,
truchas de carne ejemplar
en vez de seco abadejo,
pan candeal, no pan viejo,
dos bastardas vueltas damas,
un castellano sin camas,
pero con trato de espejo.

Con esto daba por bien
empleada su salida.
Sólo tenía una herida:

no haber topado con quien
lo armase de andante en
esas tierras todavía.
Sabía que no tendría

aventuras importantes,
si no recibía antes
la Orden de Caballería.

DON QUIJOTE ES ARMADO CABALLERO

